

B. J.
CASTILLO
BOSQUE
NEGRO

DEL MISMO AUTOR DE LAS SERIES
CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD & GENTE DEL FUTURO

Joven Lectura | THRILLER

ÍNDICE

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[EPÍLOGO](#)

[LISTA DE HANNAH PERKINS](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

AGRADECIMIENTOS

B. J. CASTILLO

BOSQUE NEGRO

EDICIÓN KINDLE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico, mecánica, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo, y por escrito de los titulares *copyright*.

© B. J. Castillo, 2019

Diseño de portada

B. J. Castillo

Edición

Grupo Joven Lectura

Primera edición: Julio de 2019

Esta es una novela original.

Para Fren

“No te lleves nada más que fotos, y no dejes nada más que
las huellas de tus pies” —
Regla de oro de la excursión.

CAPÍTULO 1

Usé la mano derecha para encender el cigarrillo. La izquierda la tenía ocupada sosteniendo la última tirada del *Statesman Journal*. Lauren decía que los hombres no podían hacer más de una cosa a la vez. Yo estaba decidido a probarle lo contrario. Lástima que ella no estaba para verlo.

Estaba sentado tranquilamente en mi despacho (si se le podía llamar despacho a un minúsculo cubículo de paredes de hormigón sin pintar), bebiendo una taza de café, fumando un cigarrillo y revisando los últimos sucesos en el periódico de mayor tirada de Oregón. Empecé a leer un artículo que trataba sobre la desaparición de tres chicas en una población al norte del estado que seguía sin resolverse; sus cadáveres habían sido encontrados descuartizados en el curso de tres días tras sus desvanecimientos: hallaron partes en un antiguo deshuesadero de chatarra, según leí; también en un lago y en una vieja casa en el bosque colindante. Aún no tenían pistas de la cuarta chica («la víctima más reciente», escribió el reportero), a pesar de llevar una semana desaparecida. No había sospechosos.

Entreví que alguien se acercaba y bajé el periódico. El cigarrillo seguía encendido entre mis dedos; lo había olvidado.

Martin Atkins arrojó varias carpetas sobre el escritorio. Alcé la mirada y di una calada al cigarrillo.

—¿Qué es? —pregunté después.

—Un nuevo caso, evidentemente —esgrimió secamente Martin. Su voz destilaba ácido. Era el ayudante del jefe de la policía. Yo no le agradaba, claro está, y el senti-

miento era mutuo—. Uno muy especial, creo. Wiklund quiso que te fuera asignado expresamente a ti. —Sonrió.

Miré las carpetas con cautela. «¿Especial? —pensé—. ¿Por qué el jefe pidió que me fuera asignado expresamente a mí?» Quizás, y era lo más probable, porque era el detective estrella de la estación, o eso decían. Además, mi foto había aparecido un par de veces en el *Statesman Journal*, y, por ello, las personas solían reconocerme a menudo cuando andaba por la ciudad. Por alguna razón, aún no me atrevía a mirar dentro de las carpetas.

—El jefe quiere verte en su despacho.

—¿Ahora? —dije mirando con clemencia el cigarrillo casi intacto que sostenía entre mis dedos.

—Sí. Ahora.

—¿Por qué?

—Ve y averígualo. Y más te vale que no lo hagas esperar. Tiene un humor de perro rabioso.

Martin se retiró sin más. Menos mal. No tenía ánimos para aguantar las chuscadas de ese payaso imbécil.

En efecto. El jefe me estaba esperando. Estaba solo, mirando por la ventana, tan distraído que no advirtió mi presencia hasta que me aclaré sonoramente la garganta. El jefe Wiklund se tensó de hombros y se volvió hacia mí con una sonrisa, que, por primera vez desde que lo conocía (cuatro años, me recordé), parecía forzada.

—Siéntate, Jeff. No te quedes ahí.

Me senté, desde luego, mientras Wiklund cerraba la puerta y regresaba a su escritorio manteniendo todo el tiempo la sonrisa forzada. No había rastro de aquel humor de perros que mencionó Martin; es más, me atrevería a decir que parecía más sosegado de lo que nunca lo había visto. Lo que fuera que lo tenía preocupado, especulé, seguro tenía que ver con «el caso especial» del que me habló Martin.

Debí traer las carpetas. Maldita sea.

Linus Wiklund era un hombre fornido; era amplio de estómago y tenía una cara alargada de rasgos aguileños. Era intimidante. Su mirada parecía escudriñar tu alma: ojos

castaño oscuro, intensos y avispados, registraban tu aspecto para detectar cualquier amenaza contra las buenas costumbres, o eso había dicho Lauren medio en broma. Debía tener unos cincuenta y tantos. Su reluciente calva parecía absorber la luz de los focos del techo. Llevaba el mismo traje que ayer. O al menos la misma chaqueta, observé; la reconocía por un borrón opaco que tenía a la altura del pectoral derecho; una mancha de mermelada, tal vez.

—Dime qué sabes sobre Black Wood.

Cuadré los hombros y fruncí el ceño, cavilando en una fracción de segundo todo lo que sabía al respecto.

—No mucho. Es un bosque al sureste del estado. — De pronto recordé—. Creo que allí ocurrieron algunas desapariciones hasta hace algún tiempo. No ha vuelto a suceder —añadí—. En algunos casos, jamás hallaron a los desaparecidos. Supongo que por esa razón no se recomienda acampar en ese lugar.

—Desapariciones, ¿eh?

Wiklund se daba golpecitos en la barbilla con el dedo, la mirada disipada sacando sus propias resoluciones antes de tiempo, como solía hacer a veces. Enfocó de nuevo la vista en mí.

—¿Hace cuánto tiempo dejaron de ocurrir estás desapariciones? —me preguntó.

Me encogí de hombros mientras recordaba.

—Cinco años..., creo.

Wiklund se irguió hacia atrás y exhaló profundamente.

—Ha vuelto a suceder —me informó con tono contrito. Parecía turbado—. Hace una semana seis jóvenes se aventuraron en el bosque y no regresaron a casa. Es como si se hubiesen evaporado por arte de magia. Han desplegado toda una brigada de búsqueda por aire y tierra en la zona y alrededores, pero hasta ahora no han encontrado el menor rastro. La búsqueda continúa.

Seis jóvenes, pensé. Un hecho desafortunado.

—Quiero que lo resuelvas, Jeff —dijo Wiklund, mirándome—. Quiero que te encargues de buscar pistas: que

rehagas el recorrido que siguieron los jóvenes, que indagues a sus familiares, sus vidas. Sobre todo, quiero que los encuentres.

«¿Vivos o muertos?», me contuve de decir. Era muy probable que fuera lo segundo. Y Wiklund lo sabía.

Parpadeé.

—Me subestima, señor. ¿Por qué cree que yo podré lograr lo que una brigada de rescate no ha conseguido?

—Has resuelto cada caso que te he asignado, Jeff. Tengo fe en ti.

—Señor —insistí—, yo investigo homicidios. No desapariciones.

—Tengo un presentimiento. Esta no es simplemente una desaparición; es mucho más. Supongo que Martin te ha entregado los expedientes.

«Las malditas carpetas.»

—Sí, señor.

—Bien. Allí está todo lo que necesitas saber sobre los jóvenes desaparecidos y también de las desapariciones que sucedieron en Black Wood hasta hace cinco años. Tengo un presentimiento, Jeff. En ese lugar se ha cometido un crimen cruento (varios, si damos crédito a las historias), y debe resolverse pronto. Este caso, debo admitir, es muy importante para mí.

«Ah, ¿sí?»

Eso explicaba por qué estaba tan turbado. Fruncí el ceño.

—¿Por qué, señor?

—Hannah —soltó Wiklund, y se puso en pie. Yo seguía sin entender—. Hannah es la hija de Margaret, mi hermana —continuó, acercándose de nuevo a la ventana, la espalda vuelta hacia mí—. Es uno de los seis jóvenes que desapareció en Black Wood hace una semana. Debes encontrarla.

«¿Quiere que encuentre a su sobrina?» Guardé silencio.

Wiklund se volvió.

Era una situación terrible. Había leído sobre las desapariciones en Black Wood en artículos de la prensa. Se contaban todo tipos de terribles historias sobre esos bosques; historias que yo mismo había preferido omitir adrede hasta saber cuál era la intensidad de Wiklund con aquel lugar. Ahora que lo sabía, no estaba seguro de querer mencionarlas; en parte por la situación del jefe, en parte por la naturaleza de los hechos cometidos. En algunos casos sí habían hallado cuerpos..., en porciones.

Aquel detalle me recordó el artículo que había estado leyendo hace un rato.

—¿Lo harás? —me preguntó Wiklund. Sus palabras sonaban como una súplica. Jamás pensé que vería (u oiría) al jefe de esta forma: turbado, abatido, anhelando mi ayuda—. ¿Encontrarás a mi sobrina, Jeff? —pidió—. Acuérdate de Lauren. Ella habría querido que lo hicieras.

«Lauren», pensé. Sentí una punzada en el pecho que me hizo contraer el rostro. La atmósfera era densa, o así la percibía. Me pregunté si Lauren habría aceptado el caso en mi lugar. Sí, desde luego; le tuvo aprecio al jefe Wiklund. Y también debilidad por las causas perdidas.

«Como yo.»

CAPÍTULO 2

«Hoy es el día. Estoy nerviosa, ciertamente. Debo revisar la lista. Dios, espero que Stacy no lo arruine.»

Grabado por Hannah con su celular el 23 de julio, antes de partir a Black Wood. El celular fue hallado a orillas del arroyo Black Oak en el segundo día de búsqueda.

Hannah amaba hacer listas. De manera que los preparativos para el viaje habían supuesto una buena excusa para destacarse en la labor.

Con su nuevo cuaderno de excursiones a la mano procedió a revisar, uno a uno, los detalles que tenía apuntados en sus hojas. La regla de oro de un excursionista («lleva solo lo que necesites») había supuesto una auténtica pesadilla para ella, pues le gustaba estar preparada para cualquier situación, y esto, de cierta forma, la restringía. Además, aquella regla, en su opinión, era poco pragmática ante el encuentro del hombre con la naturaleza y la plétora de amenazas mortales que podían presentarse.

En fin. Con un suspiro, revisó sus apuntes una vez más. Llevaba agua, naturalmente. Esperaba que fuera suficiente para los primeros tres días de estadía —de seis— en el bosque. Además, en Black Wood había arroyuelos donde podían tomar más cuando lo necesitasen, si bien antes debía hacer su debida depuración, claro. Y para eso también estaba preparada. Llevaba tres tiendas de acampar, una para cada pareja; varias linternas (y también baterías de repuesto) y, por supuesto, comida.

Oh, mierda, casi olvidaba su cámara. ¡Gracias a Dios por las listas!

Fue a su habitación y buscó la cámara fotográfica en uno de los compartimientos de la cómoda. Regresó a la sala de estar, donde la aguardaban los bolsos del equipaje, y la depositó en uno de ellos sin mucho cuidado. Tenía la

sensación de que le faltaba algo más, algo importante. Maldijo. A continuación, repasó la lista de nuevo: agua, lista; comida, lista; cámara, lista; dinero, listo.

Llevaba suministros básicos para primeros auxilios: algunas vendas, espadrapos, pinzas y toallitas antisépticas. Y, gracias a la lista, no se olvidó de empacar la crema protectora contra insectos.

—Parece algo complicado, eso de acampar.

Hannah se volvió sobresaltada, llevándose la mano al pecho. Inspiró profundo al descubrir que se trataba de su madre, que estaba recargada contra la moldura de la puerta con una mirada soñadora. Hannah sonrió.

—Mucho más que ir a la playa, ciertamente —admitió—. Y no le digas a Stacy que he dicho eso. Fue mi idea hacer este viaje; además, pienso que es algo que debí haber hecho hace muchísimo tiempo.

Fuera, hacía un día precioso. Era una de esas épocas cálidas que, según Stacy, eran oportunas para ir a la playa. Sin embargo, el verano pasado ella y sus amigos habían ido de Spring Break a las costas de Oregón. Esta vez, Hannah había logrado persuadirlos de que la acompañaran a un viaje a los bosques del sur del estado. Seis días, ideó ella. Stacy se había rehusado —espantado, más bien— ante la idea de pasar una noche fuera. «Seis días la superaba», había dicho. Hasta que finalmente accedió.

—No diré una sola palabra —prometió su madre.

—Bien, porque sería el fin. —Sonrió y guardó la crema repelente en el bolso de mano.

Sobrevino un silencio. Aunque sonriente, su madre traslucía su inquietud a través de su mirada.

—Estaremos bien —le aseguró Hannah. Se acercó a su madre y tomó sus manos entre las suyas—. De verdad.

—Lo sé. Confío en ti. —Esbozó una sonrisa que, en absoluto, convenció a Hannah de lo contrario—. ¿Llevas un silbato?

Hannah frunció el ceño, entre divertida y confundida.

—¿Silbato?

Su madre metió la mano en el bolsillo de su vaquero y sacó un silbato metalizado. La luz de la estancia arrancó un destello de la superficie. Era bonito, debía admitir, y no supondría gran peso para su equipaje. Si con ello calmaba la inquietud de su madre, lo llevaría a buen resguardo.

Lo cogió y lo guardó en su bolsillo.

—Otra cosa, cariño —abundó su madre—. ¿Llevas protección?

Hannah se quedó boquiabierta.

Su madre debió tomar aquel repentino mutismo como un «no», porque, sonriente, metió de nuevo la mano en su bolsillo y le hizo un rápido traspaso para no prolongar más aquel embarazoso momento madre-hija. Esa era su madre, siempre considerada y oportuna.

Sin embargo, Hannah percibió cierta dureza en el objeto que acababa de darle su madre. Frunció el ceño y miró a esta como diciendo «¿qué demonios es esto?» sin atreverse a sacar el objeto de su bolsillo.

—Un poco de protección —respondió su madre, a la pregunta que jamás le formuló. Es como si pudiera leer su mente, pensó, aunque ciertamente su expresión debió hablar por sí sola—. Nunca es suficiente. Es gas pimienta.

Hannah se sonrojó. Obviamente, había interpretado mal a su madre con aquello de «protección». Luego pensó que su madre estaba tan paranoica con la excursión que ni siquiera había pensado en las muchas posibilidades en las que su hija podría acabar liándose con su novio detrás de un matorral o en la misma tienda de acampar.

Aquel pensamiento la hizo sonreír por lo bajo.

—¿Cuántos días estarán fuera? —inquirió su madre a la vez que se desplazaba hacia la cocina.

—Seis días. Estaremos aquí el próximo lunes por la mañana. O eso espero.

—¿Eso esperas?

—Sí. —Hannah detectó el tono alarmante de su madre y, en seguida, se reprendió. «No debería estar diciendo eso, ni siquiera en broma, la pobre ya está muy preocupada»—. Quiero decir, con seguridad estaremos aquí el lunes

a menos que se arruine una de las llantas de nuestro auto. Lo que es poco probable, ya que el padre de Nate le ha dejado llevarse su fabuloso jeep.

«Cierra la boca. Ahora.»

Su madre la miró fija y silenciosamente. No estaba convencida.

—Espero me llames cada noche. Sin falta —indicó su madre.

—No será posible —repuso Hannah, a su pesar y al de su madre—. En Black Wood, según la guía, no hay cobertura. Me temo que no estaremos comunicadas hasta la mañana del regreso. En seis días.

—En seis días —repitió su madre, vagamente. Luego fijó la mirada en ella y esbozó una amplia sonrisa—. Qué bueno que te he dado ese silbato.

Hannah se habría reído, pero fue detenida por una trompetada estridente. Nate y el jeep habían llegado, por fin. Su madre se acercó a la ventana de la cocina y Hannah se le unió. Nate se bajó del auto y saludó con una mano en alto, su cabello rubio centelló bajo la luz del sol.

—Creí que Stacy y Jordan vendrían con Nate —comentó Hannah para sí—. Deberían estar aquí.

—Calma, cariño —la tranquilizó su madre como si suya fuera la voz de la razón—. Llegarán pronto.

Hannah suspiró.

—Eso espero.

* * *

—¡De todas las malas ideas esta se lleva la palma! —dijo Stacy—. ¿Quién me obligó a aceptar ir a este viaje?

—Entonces quedémonos —aludió Jordan, pícaro, dándole unas palmaditas a la cama, donde yacía medio desnudo—. No tenemos por qué ir si no queremos... Digo, sé que Nate comprenderá si no lo hago.

—Tal vez. —Stacy había sopesado esa idea, pero la desechó de inmediato. Empezó a vestirse, para decepción de su novio, con la toalla de baño puesta. Algunas gotitas